

Robert Graves

Claudio el dios y su esposa Mesalina

El turbulento reinado de Tiberio Claudio César, emperador de los romanos (nacido en el año 10 a. de C., muerto en el año 54), descrito por él mismo. También su asesinato por la famosa Agripina (madre del emperador Nerón) y su posterior deificación, descrita por otros.



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Claudius the God and his Wife Messalina*
Traducción de Floreal Mazía (con autorización de Ediciones Siglo XX, de Buenos Aires).

Primera edición: 1978

Cuarta edición: 2019

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Busto en mármol del emperador Claudio (*detalle*). Museo Capitolino, Roma.

© De Agostini / A. Dagli Orti / AGE Fotostock

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Copyright Robert Graves, 1934

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1978, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-713-0

Depósito legal: M. 24.788-2019

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	Nota del autor
13	Capítulo 1
34	Capítulo 2
52	Capítulo 3
72	Capítulo 4
103	Capítulo 5
136	Capítulo 6
157	Capítulo 7
179	Capítulo 8
204	Capítulo 9
221	Capítulo 10
240	Capítulo 11
258	Capítulo 12
277	Capítulo 13
304	Capítulo 14
336	Capítulo 15
356	Capítulo 16
380	Capítulo 17
399	Capítulo 18
416	Capítulo 19
432	Capítulo 20
447	Capítulo 21
467	Capítulo 22

Índice

489	Capítulo 23
514	Capítulo 24
538	Capítulo 25
560	Capítulo 26
578	Capítulo 27
609	Capítulo 28
627	Capítulo 29
648	Capítulo 30
670	Capítulo 31
694	Capítulo 32
705	Tres relatos de la muerte de Claudio
715	La calabacificación de Claudio
739	La familia real de los Herodes

Nota del autor

La «pieza de oro» utilizada aquí como unidad monetaria normal es el *aureus* latino, moneda de 100 *sestertii* de valor, o sea 25 *denarii* de plata («piezas de plata»). Puede considerársela como equivalente a una libra esterlina o cinco dólares norteamericanos (de preguerra). La «milla» es la milla romana, unos treinta pasos más corta que la inglesa. Las fechas marginales han sido dadas, por conveniencia, de acuerdo con los cálculos cristianos; el cálculo griego utilizado por Claudio contaba los años a partir de la primera Olimpiada, que se llevó a cabo en el año 776 a. de C. También por conveniencia se han utilizado los nombres geográficos más familiares. De tal modo, «Francia», y no «Galia Transalpina», porque Francia abarca aproximadamente la misma zona territorial, y porque sería incoherente dar a ciudades como Nîmes, Boulogne y Lyon sus nombres modernos –los clásicos no serían reconocidos en términos populares– ubicándolos a

la vez en *Gallia Transalpina* o, como la denominaban los griegos, *Galatia*. (Los términos geográficos griegos se prestan a confusión: Germania era denominada «el país de los celtas».) En forma similar, se han utilizado los modos más familiares de los nombres propios: «Livio», en lugar de Titus Livius, «Cimbelino» en lugar de Cunobelinus, «Marco Antonio» en lugar de Marcus Antonius. Claudio escribe en griego, el idioma erudito de su época, cosa que permite entender su cuidadosa explicación de los chistes latinos y su traducción de un pasaje de Ennio citado por él en el original.

Algunos críticos de *Yo, Claudio*, el volumen introductorio de *Claudio, el dios*, sugirieron que al escribirlo no había hecho más que consultar *Los anales* de Tácito y los *Doce Césares* de Suetonio, uniéndolos luego y ampliando el resultado con mi propia «imaginación vigorosa». Esto no fue así, y tampoco lo es en este volumen. Entre los escritores clásicos en los cuales me he basado para la composición de *Claudio, el dios* se encuentran Tácito, Dion Casio, Suetonio, Plinio, Varrón, Valerio Máximo, Orosio, Frontino, Estrabón, César, Columela, Plutarco, Josefo, Diodoro Sículo, Focio, Xifilino, Zonaras, Séneca, Petronio, Juvenal, Filón, Celso, los autores de *Los hechos de los apóstoles* y de los evangelios apócrifos de Nicodemo y Santiago, y el propio Claudio, en sus cartas y discursos que han llegado hasta nuestros días. Muy pocos incidentes se dan aquí que no tengan un respaldo total de algún tipo de autoridad histórica, y espero que ninguno de ellos sea históricamente increíble. No se ha inventado personaje alguno. La parte más difícil de redactar, debido a la escasez de referencias contemporáneas, ha

sido la derrota de Caractato por Claudio. Además, para una visión plausible del druidismo británico, he tenido que complementar las pocas noticias clásicas que existen al respecto con datos tomados de obras arqueológicas, de la antigua literatura celta y de relatos de la moderna cultura megalítica de las Nuevas Hébridas, donde los dólmenes y los menhires todavía se utilizan para las ceremonias. He tenido particular cuidado, en mi narración respecto del cristianismo primitivo, de no inventar nuevos libelos; sin embargo, se citan algunos antiguos, porque el propio Claudio no tenía muy buena disposición para con la iglesia y extraía la mayor parte de su información, en materia de la religión del Cercano Oriente, de su antiguo condiscípulo Herodes Agripa, el rey judío que ejecutó a Santiago y encarceló a San Pedro.

Vuelvo a agradecer a Miss Laura Riding por su cuidadosa lectura del manuscrito y sus muchas sugerencias acerca de ciertos aspectos de congruencias literarias; y al aviador T. E. Shaw por la lectura de las pruebas. Miss Jocelin Toynbee, catedrática de historia clásica en el colegio Newnham de Cambridge, me ha proporcionado ayuda por la cual le quedo sumamente agradecido. Y debo reconocer también mi deuda para con la monografía del señor Arnaldo Momigliano acerca de Claudio, recientemente publicada en traducción por la Oxford University Press.

Capítulo 1

Han transcurrido dos años desde que terminé de escribir la historia de cómo Yo, Tiberio Claudio Druso Nerón Germánico, el tullido, el tartamudo, el tonto de la familia, a quien ninguno de sus ambiciosos y sanguinarios parientes consideraban digno de la molestia de ejecutar, envenenar, obligar a suicidarse, desterrar a una isla desierta o matar de hambre –que fueron las maneras en que se eliminaron los unos a los otros–, los sobreviví a todos, incluso a mi demente sobrino

Año 41

Cayo Calígula, y de cómo un día fui aclamado inesperadamente emperador por los cabos y sargentos de la guardia de palacio. Terminé el relato en ese punto dramático, cosa que fue la menos juiciosa que un historiador profesional como yo podía hacer. Un historiador no debe interrumpir su narración en un momento de suspense. Habría debido llevar el relato por lo menos una etapa más adelante. Habría debido contar qué pensaba el resto del

ejército en cuanto al acto inconstitucional de la guardia de palacio, y qué opinaba el Senado, y qué sentía en cuanto a aceptar un soberano tan poco promisorio como yo, y si hubo después derramamiento de sangre, y cuál fue el destino que corrieron Casio Querea, Aquila, El Tigre –oficiales todos de la guardia– y Vinicio, que era el esposo de mi sobrina, y los otros asesinos de Calígula. La última cosa sobre la que escribí se refirió a los pensamientos poco pertinentes que me pasaron por la mente mientras me vitoreaban y me llevaban en torno al palacio, sentado incómodamente sobre los hombros de dos cabos de la guardia, con la corona de hojas de roble doradas de Calígula ladeada sobre la cabeza.

El motivo de que no llevase mi relato más allá fue que lo escribí menos como una historia común que como una justificación especial, como una petición de disculpa por haber permitido que se me convirtiese en monarca del mundo romano. Se recordará, si se ha leído la historia, que tanto mi abuelo como mi padre eran republicanos convencidos, y que yo los seguía en ese sentido. Los reinados de mi tío Tiberio y de mi sobrino Calígula no hicieron más que confirmar mis prejuicios antimonárquicos. Tenía cincuenta años cuando fui aclamado emperador, y a esa edad no se cambia con ligereza de color político personal. De modo que escribí, en rigor, para demostrar cuán inocente era de deseo alguno de reinar y cuán enérgica era la necesidad inmediata de ceder al capricho de los soldados. Negarme a ello habría significado no sólo mi muerte, sino la de mi esposa Mesalina, de quien estaba profundamente enamorado, y de nuestro hijo aún no nacido. (Me pregunto por qué ten-

drá uno sentimientos tan profundos en cuanto a un hijo no nacido.) En especial, no quería ser tachado por la posteridad como un oportunista inteligente que fingía ser un tonto, que aguardaba y esperaba el momento de enterarse de alguna intriga de palacio contra su emperador, y luego se adelantaba audazmente como candidato a la sucesión. Esta continuación de mi relato debería servir como disculpa del curso tortuoso que he seguido en mis trece años de imperio. Es decir, abrigó la esperanza de justificar los actos aparentemente incoherentes de distintas etapas de mi reinado, demostrando su relación con los principios profesados, de los cuales, lo juro, jamás me he apartado intencionalmente. Si no puedo justificarlos, entonces por lo menos espero demostrar la posición dificultosa en que me vi, y dejar que mis lectores decidan qué otra actitud o actitudes habría podido tomar.

De modo que para retomar el hilo del relato donde lo dejé, permítaseme decir que las cosas hubieran podido resultar mucho peores para Roma si Herodes Agripa, el rey judío, no hubiese estado aquí por casualidad de visita. Fue el único hombre que se mantuvo sereno en la crisis del asesinato de Calígula, y que salvó a todo el público del teatro del monte Palatino de ser diezmado por el batallón germano. Es extraño, pero casi hasta la última página de mi relato, mis lectores no habrán encontrado una sola referencia directa a la sorprendente historia de Herodes Agripa, si bien ella se entrelazaba estrechamente con la mía en varios puntos. El hecho de hacer justicia a sus aventuras, como dignas de ser leídas por su propia cuenta, habría significado convertirlo en una figura de-

masiado importante de la historia que tenía que contar: el principal centro de énfasis de la misma residía en otra parte.

Aun así, mi historia corría el constante peligro de sobrecargarse con asuntos de dudosa importancia. Estuvo bien que tomase esa decisión porque él es figura trascendente en lo que sigue, y ahora puedo, sin temor de una digresión impertinente, narrar la historia de su vida hasta el momento del asesinato de Calígula, y luego continuarla conjuntamente con la mía hasta llegar a la muerte de él. De este modo no habrá debilitamiento alguno de la unidad dramática, como habría sucedido si hubiera extendido la historia en dos libros. No quiero decir que yo sea un historiador dramático; como se habrá visto, tengo cierta desconfianza respecto del formalismo literario. Pero en honor a la verdad, no se podría escribir acerca de Herodes sin presentar la historia en un estilo un tanto teatral. Porque así vivió Herodes, como el protagonista de un drama, y los demás actores le siguieron el juego hasta el final. El suyo no fue un drama de acuerdo con la más pura tradición clásica, si bien su vida fue interrumpida al cabo, en el estilo trágico clásico, por la convencional venganza divina contra el convencional pecado griego de la arrogancia. No, hubo demasiados elementos antigriegos en ella. Por ejemplo, el dios que le infligió la venganza no fue uno de los dioses de la urbana comunidad Olímpica. Fue quizá la más extraña deidad que se pueda encontrar en parte alguna de mis extensos dominios, o fuera de ellos, si vamos al caso; un dios del cual no existe imagen alguna, cuyo nombre sus devotos adoradores tienen prohibido pronunciar (si bien se cortan el pre-

pucio en su honor y practican muchos otros ritos curiosos y bárbaros) y de quien se dice que vive solo en Jerusalén, en un antiguo armario de cedro forrado de pieles de tejón teñidas de azul, y que se niega a tener nada que ver con otras deidades del mundo, o incluso a reconocer la existencia de las mismas. Y además había tanta farsa mezclada con la tragedia, que se convertía en un tema inadecuado para cualquier dramaturgo griego de la Edad de Oro. ¡Imagínense al impecable Sófocles frente al problema de encarar en seria vena poética las deudas de Herodes! Pero como decía, ahora debo relatar, en forma más o menos prolongada, lo que no les dije antes, y lo mejor será terminar aquí la historia antigua, antes de empezar con la nueva.

De modo que aquí finalmente comienza:

LA HISTORIA DE HERODES AGRIPA

Entiéndase que Herodes Agripa no tiene relación de parentesco ni vinculación por matrimonio con Marco Vip-sanio Agripa, el general de Augusto, que se casó con su única hija Julia y se convirtió gracias a ella en el abuelo de mi sobrino Cayo Calígula y de mi sobrina Agripinila. Tampoco era un liberto de Agripa, aunque también se habría podido suponer esto, porque en Roma es costumbre que los esclavos liberados adopten el apellido de sus ex amos a modo de cumplido. No, no fue así. Recibió su nombre de su abuelo Herodes el Grande, rey de los judíos, en memoria del mismo Agripa, recientemente muerto. Porque este notable y terrible anciano debió su trono tanto a su interés por Agripa como al respaldo

que le ofreció Augusto como útil aliado en el Cercano Oriente.

La familia de Herodes provenía originariamente de Edom, la región montañosa que se encuentra entre Arabia y Judea del sur. No era una familia judía. Herodes el Grande, cuya madre era una árabe, recibió la gobernación de Galilea de manos de Julio César al mismo tiempo que a su padre se le entregaba la de Judea. Entonces tenía sólo quince años de edad. Casi en el acto se vio envuelto en problemas por mandar ejecutar ciudadanos judíos sin hacerles juicio, mientras reprimía el bandidaje en su distrito, y fue llevado ante el Sanedrín, la Suprema Corte judía. En esa ocasión mostró gran arrogancia, apareció ante los jueces con una túnica púrpura, rodeado de soldados armados, pero eludió el veredicto huyendo secretamente de Jerusalén. El gobernador romano de Siria ante el cual se presentó a pedirle protección le entregó un nuevo nombramiento en esa provincia, la gobernación de un distrito cercano al Líbano. Para abreviar, este Herodes el Grande, cuyo padre entretanto había muerto envenenado, fue nombrado rey de los judíos por orden conjunta de mi abuelo Antonio y de mi tío abuelo Augusto (u Octaviano, como se lo llamaba entonces), y gobernó durante treinta años, con severidad y gloria, sobre dominios constantemente ampliados con los botines de Augusto. Se casó con no menos de diez esposas en sucesión, entre ellas dos de sus propias sobrinas, y finalmente murió, después de varios intentos frustrados de suicidio, de la enfermedad quizá más dolorosa y desagradable conocida por la ciencia moderna. Jamás la he oído llamar con otro nombre que *mal de Herodes*, ni sé que na-

die hubiese sufrido antes de ella, pero los síntomas eran un hambre devoradora seguida de vómitos, un estómago en putrefacción, un aliento cadavérico, gusanos bullendo en el miembro viril y un constante flujo acuoso en los intestinos. La enfermedad le provocó una angustia intolerable y llevó a la locura una naturaleza ya de por sí salvaje. Los judíos dijeron que era el castigo de su dios por los dos matrimonios incestuosos de Herodes. Su primera esposa había sido Mariamna, de la famosa familia macabea de judíos, y Herodes estuvo apasionadamente enamorado de ella. Pero una vez, cuando salió de Jerusalén para encontrarse con mi abuelo Antonio en Laodicea (Siria), dio a su chambelán órdenes secretas de que si alguna vez caía víctima de las intrigas de sus enemigos, Mariamna debía ser ejecutada, para impedir que cayese en manos de Antonio. Y en ocasión posterior hizo lo mismo cuando fue a encontrarse con Augusto en Rodas. (Tanto Antonio como Augusto tenían una mala reputación de sensualistas.) Cuando Mariamna se enteró de estas órdenes secretas, se enfureció, como es natural, y dijo, en presencia de la madre y la hermana de Herodes, cosas que habría sido más prudente no decir, porque éstas tenían celos del poder de Mariamna sobre Herodes y repitieron ante éste, en cuanto regresó, las palabras de ella, a la vez que la acusaron de haber cometido adulterio en su ausencia, como acto de resentimiento y desafío. Y nombraron al chambelán como su amante. Herodes los hizo ejecutar a ambos. Pero más tarde fue presa de tan extrema congoja y remordimiento, que cayó en una fiebre que casi lo llevó a la tumba. Y cuando se recuperó, su talante estaba tan lúgubre y feroz, que la menor

sospecha lo llevaba a ejecutar incluso a sus mejores amigos y parientes más cercanos. El hijo mayor de Mariamna fue una de las muchas víctimas de la cólera de Herodes; él y su hermano fueron asesinados por una acusación instigada por un hermanastro, a quien Herodes más tarde hizo matar, de conspiración contra la vida de su padre. Augusto comentó ingeniosamente estas ejecuciones:

–Prefiero ser el cerdo de Herodes antes que el hijo de Herodes.

Porque Herodes, judío de religión, no podía comer cerdo, y sus lechones por lo tanto vivían hasta alcanzar una cómoda vejez. Ese desdichado príncipe, el hijo mayor de Mariamna, era el padre de mi amigo Herodes Agripa, a quien Herodes el Grande envió a Roma en cuanto lo dejó huérfano a la edad de cuatro años, para ser educado en la corte de Augusto.

Herodes Agripa y yo fuimos contemporáneos y tuvimos mucho trato por intermedio de mi querido amigo Póstumo, el hijo de Agripa, a quien Herodes Agripa se unió con toda naturalidad. Herodes era un chico muy bien parecido, y era uno de los favoritos de Augusto, cuando éste llegaba a los claustros del Colegio de Niños para jugar al tejo y al salto y a arrojar piedras. ¡Pero qué granuja era! Augusto tenía un perro favorito, uno de los enormes perros guardianes del templo, de cola hirsuta, procedente de Adranos, cerca del Etna, que no obedecía a nadie en el mundo aparte de Augusto, a menos de que Augusto le dijese con decisión: «Obedece a tal o cual hasta que te vuelva a llamar». El animal hacía entonces lo que se le decía, con desdichadas miradas de ansiedad ha-

cia Augusto. Y quién sabe cómo, el pequeño Herodes logró hacer que este perro, cuando estaba sediento, bebiese un cuenco de vino muy fuerte, que lo embriagó tanto como a un viejo soldado en el día de su retiro. Luego le colgó del cuello un cencerro de cabra, le pintó la cola de amarillo azafrán y las patas y el hocico de rojo púrpura, le ató a las patas vejigas de cerdo y las alas de un pato a los hombros y lo soltó en el patio del palacio. Cuando Augusto no encontró a su favorito y llamó «Tifón, Tifón, ¿dónde estás?», y este animal de extraordinario aspecto pasó a través de los portones en su dirección, fue uno de los momentos más ridículos de la denominada Edad de Oro de la historia romana. Pero ello sucedió en el festival de Inocentes, en honor del dios Saturno, de modo que Augusto tuvo que tomárselo a las buenas. Después Herodes tenía una serpiente domesticada a la que enseñaba a atrapar ratones que solía guardar bajo su túnica durante las horas de estudio, para divertir a sus amigos cuando el preceptor volvía la espalda. Resultaba una influencia tan inquietante, que a la postre fue enviado a estudiar conmigo a las órdenes de Atenodoro, mi anciano preceptor de Tarso, de blanca barba. También intentó sus tretas de escolar con Atenodoro, por supuesto, pero éste las tomó con tan buen talante y yo simpatiqué tan poco con ellas, porque adoraba a Atenodoro, que pronto dejó de ponerlas en práctica. Herodes era un chico brillante, de maravillosa memoria y un peculiar talento para los idiomas. En una ocasión Atenodoro le dijo:

—Herodes, preveo que algún día serás llamado a ocupar una posición de la máxima dignidad en tu país natal. Debes vivir cada hora de tu juventud en preparación de

ese momento. Con tu talento, puedes llegar a ser un gobernante tan poderoso como tu abuelo Herodes.

–Eso está muy bien –replicó Herodes–, pero tengo una familia muy grande y muy mala. Es imposible que sepas qué pandilla de criminales son, porque son los más grandes pillastres que puedas encontrar en un año de viaje. No han mejorado en nada desde que mi abuelo murió hace ocho años. Por lo menos, según me dicen. No tengo la esperanza de vivir siquiera seis meses si me obligan a volver a mi país. (Esto es lo que dijo mi pobre padre cuando se educaba aquí, en Roma, en la casa de Asinio Polio. Y mi tío Alejandro, que estaba con él, dijo lo mismo. Y tenían razón.) Mi tío, el rey de Judea, es el viejo Herodes renacido, pero mezquino en lugar de magnífico. Y mis tíos Filipo y Antipas son unos verdaderos lobos.

–La virtud singular puede resistir contra todos los vicios, mi princesito –dijo Atenodoro–. Recuerda que la nación judía es más fanáticamente partidaria de la virtud que ninguna otra nación del mundo. Si te muestras virtuoso te seguirán como un solo hombre.

–La virtud judía –respondió Herodes– no se adapta muy bien a la virtud greco-romana tal como tú, Atenodoro, la enseñas. Pero muchas gracias por tus palabras proféticas. Puedes contar conmigo, si alguna vez soy rey, para que sea un rey verdaderamente bueno. Pero hasta que esté en el trono no puedo permitirme ser más virtuoso que los demás integrantes de mi familia.

En cuanto al carácter de Herodes, ¿qué puedo decir? La mayoría de los hombres –tal es mi experiencia– no son ni virtuosos ni pillastres, ni buenos ni malos. Son un poco de una cosa y un poco de otra, y, durante mucho

tiempo, nada: innobles mediocridades. Pero unos pocos hombres permanecen siempre fieles a un solo carácter extremo. Estos son los hombres que dejan la señal más enérgica sobre la historia, y los dividiré en cuatro clases. Primero hay algunos granujas de corazón de piedra, de los cuales Macro, el comandante de la guardia bajo Tiberio y Calígula, fue un ejemplo notable. Luego vienen los hombres virtuosos de corazón igualmente pétreo, de los cuales Catón el Censor, mi espantajo, es un ejemplo destacado. La tercera clase es la de los hombres virtuosos de corazón de oro, como el viejo Atenodoro y mi pobre hermano asesinado, Germánico. Y finalmente –los más raros– están los pillastres de corazón de oro, y de entre éstos Herodes Agripa era el ejemplo más perfecto que imaginarse pudiera. Los pillastres de corazón de oro, estos anticatones, son los amigos más valiosos en momentos de necesidad. No se espera nada de ellos. Carecen por completo de principios, como ellos mismos lo reconocen, y sólo consideran su propio beneficio. Pero acúdase a ellos en un momento de necesidad y dígameles: «Por amor de Dios, haz tal o cual cosa por mí», y es indudable que lo harán... no como un favor de amigos, sino, dirán ellos, porque concuerda con sus propios planes torcidos. Y a uno le estará prohibido agradecerles. Estos anticatones son jugadores y manirroto. Pero esto es por lo menos mejor que ser tacaño. También se vinculan constantemente con borrachos, asesinos, hombres de negocios turbios y alcahuetes. Sin embargo, muy pocas veces se ve que la bebida les haga algún daño, y si disponen un asesinato puede tenerse la seguridad de que la víctima no será muy llorada. Y defraudan a los ricos es-

tafadores y no a los inocentes necesitados, y no se relacionan con mujer alguna contra la voluntad de ésta. El propio Herodes insistió siempre en que era congénitamente un granuja, a lo cual yo le contestaba:

–En lo fundamental eres un hombre virtuoso que lleva puesta la máscara de la granujería.

Esto lo encolerizaba. Uno o dos meses antes de la muerte de Calígula, tuvimos una conversación de ese tipo. Al final de la misma dijo:

–¿Quieres que te hable sobre ti mismo?

–No hace falta –contesté–. Soy el Tonto Oficial de palacio.

–Bien –dijo–. Hay tontos que fingen ser sabios y sabios que fingen ser tontos, pero tú eres el primer caso que he conocido de un tonto que finge ser un tonto. Y algún día verás, amigo mío, con qué tipo de judío virtuoso estás tratando.

Cuando Póstumo fue desterrado, Herodes se unió a Cástor, hijo de mi tío Tiberio, y se los conoció a los dos como los jóvenes más alborotadores de la ciudad. Se la pasaban continuamente bebiendo y, si lo que se contaba acerca de ellos era cierto, empleaban la mayor parte de sus noches metiéndose por las ventanas, saliendo de ellas, riñendo con guardianes nocturnos y esposos celosos y encolerizados padres de casas respetables. Herodes había heredado una buena cantidad de dinero de su abuelo, que murió cuando él tenía sólo seis años, pero lo gastó rápidamente en cuanto pudo utilizarlo. Muy pronto se vio obligado a pedir prestado. Primero pidió a sus amigos nobles, a mí entre ellos, en una forma negligente que nos hacía difícil instarlo a que nos pagase la deuda.

Cuando agotó su crédito de este modo, pidió prestado a ricos caballeros, que se sentían halagados de satisfacer sus necesidades debido a su intimidación con el hijo único del emperador. Y cuando se mostraron ansiosos en cuanto al pago de los préstamos, abordó a los libertos de Tiberio, que manejaban las cuentas imperiales, y los sobornó para que le hicieran préstamos con dinero del Tesoro. Siempre tenía una historia preparada en cuanto a sus doradas perspectivas: se le había prometido tal o cual reino oriental, o estaba a punto de heredar tantos cientos de miles de piezas de oro de un viejo senador que se encontraba al borde de la muerte. Pero finalmente, a la edad de treinta y tres años, comenzó a acercarse al fin de sus recursos de inventiva y entonces Cástor murió (envenenado por su esposa, mi hermana Livila, como nos enteramos varios años más tarde), y él se vio obligado a poner tierra de por medio entre sus acreedores y su propia persona. Habría recurrido personalmente a Tiberio en busca de ayuda, pero Tiberio había hecho una declaración pública en el sentido de que no quería volver a ver jamás a ninguno de los amigos de su hijo muerto, «por temor a revivir su pena». Por supuesto que esto sólo quería significar que sospechaba de que habían participado en la conspiración contra su vida que Seyano, su principal ministro, lo había convencido de que Cástor estaba tramando.

Herodes huyó a Edom, hogar de sus antepasados, y se refugió allí, en una ruinoso fortaleza del desierto. Creo que fue su primera visita al Cercano Oriente desde su infancia. En esa época su tío Antipas era gobernador (o tetrarca, como era el título) de Galilea. Porque los do-